

Emp.

ALEJANDRO CASO NA Madrid 12 mayo 65 Sr Dn Herminio Almendros La Habana

Muy querido Almendros: Hace un par de noches, en uno de estos largos insomnios que desde hace tiempo no me dejan en paz, escribí a nuestro querido Suárez Solís, y allí mandaba mis saludos para vosotros, anticipándote que te escribiría a la primera ocasión. Aquí está. Ya estoy otra vez desvelado y sin fuerzas. En tu carta (de febrero ya!) me dicias que el corazón no quería acompañarte bien, que las coronarias mandan malos avisos, etc. Si hemos sido y somos hermanos en tantas cosas, por qué no habíamos de serlo también en esta malandanza? Lo muevo por vía asmática, que me quita a veces todo resuello y me pone en trances angustiosos. En fin, que se le va a hacer. Tu carta me trajo juntas alegría y tristeza. La alegría de saber de vosotros, y la pena de ver que los años no perdonan, que la nostalgia nos mina, que un gesto de amargura va ocupando el sitio antiguo de la sonrisa segura.

No es pequeño consuelo, junto a todo eso, tener un trabajo como la Editora Juvenil, que aunque no sea exactamente el tuyo le ronda cerca; y que María esté en plenitud de salud y trabajo, y que María Rosa y su marido y Sergio estén contentos de su tarea. Comprendo que el alejamiento de Néstor te desconsuele; pero él está feliz y en lo suyo. Meterse un extranjero en cualquier rincón del cine francés es una verdadera hazaña, que significa muchas cosas.

Sé que en la sección de tus actividades está Alejo Carpentier. Hace tiempo que le admiro profundamente, me parece resueltamente uno de los pocos grandes novelistas de América hispana. Si tienes ocasión díselo. Y si él, a su vez, tuviera tiempo y gusto en enviarme uno de sus libros con su firma lo recibiría como un precioso regalo.

Por aquí -fuera de mi condenada salud- todo marcha perfectamente para mí. Dentro de la profesión -verdadero acanico de vanidades, comedillas y emboscadas- se me respeta y se me quiere. En lo oficial no he tenido el más pequeño tropiezo; al contrario, hasta hay un exceso de amabilidad, como diciendo "para que veas!". Cuando he tenido que pedir un pasaporte especial para ir a estrenos o reposiciones mías a Varsovia o Praga (cosa nada fácil para el ciudadano normal) se me ha extendido en 24 horas. Económicamente el triunfo es absoluto; Los Arboles pasó las mil representaciones; La Tercera Palabra, las 400; las demás, por el estilo. "El caballero de las espuelas de oro" (Quevedo), primera obra que escribí aquí al regreso, estaba pensada para minorías y se quedó en el Bellas Artes 300 noches. Consecuencia curiosa del exceso de éxito es que varios críticos, generalmente jóvenes y con comedias sin estrenar en el cajón, me insultan, me llaman viejo, y derrochan verdadero entusiasmo en tirarme piedras.

De mis últimas experiencias lo más deslumbrante fué Grecia, donde fui al estreno de La Casa de los siete balcones (que sigue llenando el Teatro Athinon). Fue a primeros de enero, por las Alciónidas (días en que invariablemente surge el sol y no hay soplo de viento, mientras los alciones ponen sus huevos en la costa ática). Estuve en Salamina y en Maratón y en tantos sitios que conocimos sólo en el bachillerato; estuve en la encrucijada del Kiceron, camino de Tebas, donde Edipo mató a su padre; y no pude dormir en Delos (maravilla de matemática y escultura en ruina perfecta) con aquella pequeña fuente entre higueras enanas (la Castalia) y aquel monte siempre con niebla la cintura (el Parnaso). -Volveré en junio, con Rosalía, para los festivales de tragedia de Epidauro.